

TILTED / AXIS

Winner

The
2022
International
Booker
Prize

TRANSLATED BY

TOMB OF SAND

GEETANJALI SHREE

DAISY ROCKWELL

WINNER
ENGLISH PEN
AWARD



Aquí vivieron elefantes

Los disturbios hicieron famosa a esta ciudad. Bueno, no los disturbios en sí, sino el brillo y el glamour que sin duda resultaron de ellos. Si la ciudad no hubiera estado tan abarrotada y desordenada, el caos no habría estallado. Y si el caos no hubiera estallado, jamás se habría llevado a cabo semejante limpieza. Las facciones estaban tan claramente divididas que la ciudad resplandecía. Una facción a un lado del río, otra al otro, y cada una claramente reconocible en su lugar. Como si se hubieran construido fábricas a ambos lados para fabricar los trajes y máscaras particulares de cada facción, y absolutamente todos aparecieran solo con su atuendo respectivo. Todos llevaban su uniforme asignado y todos llevaban la misma máscara. Un lado llevaba la suya, el otro la suya.

El resultado de esta clara división era que uno se sentía bien protegido en esta ciudad, rodeado a gran distancia por los de su propia especie. El tipo de protección que uno siente en su propia casa, entre sus propias ollas y sartenes, sus propias cosas familiares. Te complaces al mirar a tu alrededor y ver tus propios árboles, tus propias frutas y verduras, tu propia mierda. ¿Y cómo no ibas a estarlo? Tus ojos, oídos y nariz están familiarizados con su fragancia y apariencia; se deslizan suavemente sobre tu piel.

Sin duda, si por error, por una bravuconería imprudente o por un momento de sonambulismo te diriges hacia el otro lado... ¡Dios mío, esta ciudad te mostrará cuán tangible puede ser la sensación de vulnerabilidad, cuán completa y cuán pura! Nada la penetra, ninguna nube se cierne sobre ella, ningún humo la oscurece. Limpio, puro, vacío, completo: esa asombrosa sensación de vulnerabilidad que acecha a cualquier viajero que se extravíe, transformando su estado y forma de tal manera que se le eriza la piel, el pelo se le eriza de terror; los ojos se le ponen en blanco hasta que no ve hacia adelante sino hacia atrás, y su andar se divide en dos como por un cuchillo: la parte superior, un padre asustado y corriendo; la inferior, un niño letárgico, colgando del dedo de su padre, cojeando hacia atrás.

Pero solo uno se extraviaría así si tuviera la costumbre de ser sonámbulo. En general, esta ciudad nunca ha padecido esa dolencia; sus habitantes son ágiles y enérgicos. Sí, algunos extranjeros visitan tanto aquí como allá, pero su caso es único.

Único, y vinculado a otra de las especialidades de la ciudad: la gran prisa con la que no solo ha adoptado la apariencia de Shanghái, sino que la ha superado con creces.

En qué consiste esta situación: todos los edificios antiguos de la época del Sultanato y del Imperio mogol, así como todo tipo de construcciones con motivos de enredaderas, tanto nacionales como extranjeras, están siendo demolidos. De sus ruinas han surgido edificios con paredes de cristal azul, cada vez más altos, que albergan viviendas, oficinas, centros comerciales, ordenadores, escaleras mecánicas, fuentes,

hamburgueserías y árboles que en realidad no son árboles. Además, hay tejados que cortan el cielo en finas láminas y una gran cantidad de extranjeros, tanto nacionales como importados. Todo ello, en cierto modo, desdibujando la clara división de la ciudad.

Esto en sí mismo es un asombro. Parece que estos extranjeros han descendido del cielo para entrar en estos edificios azules, y que la gente de abajo ha surgido de la tierra, y que también estos son dos corrientes distintas a través de las cuales la ciudad se transforma en una mezcla de lo nuevo y lo antiguo. Pero es como si una tierra de nadie los rodeara, impidiendo cualquier infiltración, y las dos corrientes nunca chocan, ni se enredan, ni se pelean. Como si también tuvieran un acuerdo para existir por separado.

Así, una cosecha con raíces en la tierra, otra cuyo suelo es el cielo. Cada una, a su manera, convierte la ciudad en un bazar con sus productos asequibles, y Shanghai — observando los centros comerciales, las multinacionales y ambos lados del río, absorbiéndolo todo— se alarma: ¡Hasta ahora solo existía yo! ¿Quién me está superando? ¡Dios mío, ay de mí!, ¿aparecerá su nombre en el Libro Guinness? ¿Y entonces todos los extranjeros querrán ir a verlos a ellos en lugar de venir a verme a mí?

Ya se hablaba de que esta ciudad se contaría entre las más bellas del mundo; las estimaciones globales proyectaban tales resultados.

¿Cómo era posible que los extranjeros no acudieran en masa a una ciudad así? Llegaban turistas, llegaban empresarios. Llegaban extranjeros de otros países y también extranjeros de la India. Vestidos con uniformes corporativos planchados. Los extranjeros de otros países tenían: ojos claros, cabello claro, piel clara; los extranjeros de la India tenían: vestimenta híbrida, dietas híbridas, estilos de vida híbridos, idiomas híbridos.

De ambos grupos, ambos se movían con facilidad de un lado a otro del río. Sin embargo, eran los extranjeros de la India quienes parecían más nerviosos ante la idea, se les erizaba el vello y echaban la cabeza hacia adelante mientras se encogían de puntillas hacia atrás. Y se preguntaban: ¿Pertenece a este lado del río o al otro?

Yo mismo soy uno de esos extranjeros de la India. Quiero mantenerme al margen de la política de “¿A dónde pertenezco?”, “¿De dónde vengo?”, “¿Soy desi o extranjero?”, “¿Pertenezco a este lado del río o al otro?”. Vine aquí a trabajar para una conocida empresa israelí de seguros. Me proporcionan alojamiento, teléfono, atención médica, transporte, todo, y me envían de viaje de trabajo por todas partes, donde me alojo en

hoteles de cinco estrellas y hago ejercicio en el gimnasio después de las reuniones, o me chapoteo en la piscina, o sudo en la sauna hasta quedar limpio y fresco. No está en mi naturaleza pelear ni discutir, ni quiero estorbar a nadie, ni que nadie se interponga en mi camino. Eso es todo lo que quiero. Solo quiero que me dejen en paz con mi trabajo, con mis sueños: seré director ejecutivo, viviré en un ático y algún día me casaré con una modelo, pero no una modelo de verdad, solo lo parecerá, porque aún soy joven. Bastante joven.

*

Y era anciana. Muy anciana.

Es posible que haya escrito toda esta introducción solo para llegar a ella. Porque si no entiendes bien quién era y de dónde venía, no encontrarás un camino directo —ni rápido— para llegar a ella. Solo dando rodeos podrás alcanzarla. O acercarte a ella.

Lo cual era un poco extraño. En una ciudad donde el lugar de cada uno estaba fijo y era clarísimo que pertenecías a un sitio y no a otro, había una persona para quien no existía un lugar definido. O también se podría decir que encajaba en cualquier sitio.

Porque podía aparecer fácilmente en cualquier parte.

Extraño. Dondequiera que apareciera, era una visión inusual, pero al mismo tiempo, sumamente ordinaria. Lo extraordinario se volvía ordinario. Dondequiera que apareciera no era su lugar, pero se convertía en su lugar. Podía estar en cualquier sitio, podía pertenecer a cualquier sitio. Pertenecía a donde estaba hoy, y pertenecería a donde apareciera mañana. Ya fuera de este lado o del otro.

¡Extraño!

Dondequiera que apareciera, era una visión inusual.

Completamente ordinaria también.

Y sin embargo: lo extraordinario es ordinario.

Dondequiera que apareciera, ese no era su lugar.

Y sin embargo: se convirtió en su lugar.

Podía estar en cualquier parte, podía

pertenecer a cualquier parte.

Hoy pertenecía a donde estaba, mañana

parecería

pertenecer también allí,

ya fuera de este lado o del otro.

Era realmente asombroso que pareciera estar fuera de lugar, pero a la vez no ser de otro lugar. Aún más asombroso era que nadie la molestara ni le dijera que se fuera, ya fuera por indecisión, por descuido o por la ansiedad común.

Ahora bien, ¿cómo y qué debemos decir de ella? ¡Es tan confuso! ¿Debo describirla como perteneciente a este lado o al otro? En pocas palabras: toda la ciudad la conocía, o al menos la reconocía, y pensaba: «Ahí viene la anciana». Y como suele suceder en estos casos, se contaban innumerables historias sobre ella, y en cuanto a cuáles eran imaginarias y cuáles reales, ¿cómo podíamos nosotros, los oyentes, saber cuánto era verdad y cuánto era exageración?

Que una persona mayor aparezca así en esta ciudad, y con tanta frecuencia, es algo único. Esta ciudad es para la gente nueva —como yo— cuya experiencia la está convirtiendo en un récord mundial. Mañana, esperen que entre en el Libro Guinness, y consideren que mañana es hoy. Aquí, todo lo viejo ha sido reprimido. Viejos recuerdos bajo nuevas esperanzas. Vieja flema en la saliva del paan nuevo. Viejos ladrillos en los relucientes edificios azules donde trabajamos, vivimos, comemos, bebemos y dormimos. Es de mañana y todo está brillante y reluciente. Abro la puerta de mi apartamento totalmente moderno y veo, brillante y reluciente, exactamente el mismo apartamento totalmente moderno de mi vecino, como si me mirara en un espejo. Pero no es así. Y la persona que tengo delante, con pantalones cortos de Fabindia, no soy yo. No nos conocemos, pero nos reconocemos, como si nos reconociéramos a nosotros mismos. Entre nosotros hay un muro bajo, de aproximadamente un metro de altura, como un surco arado, y él ha construido en su lado, y yo en el mío, un armario de madera donde guardamos zapatos y periódicos viejos, y encima colocamos macetas y ancianos.

Un armario ancho de madera maciza. Aquí es donde se sientan los ancianos de la residencia, mientras los jóvenes como yo subimos y bajamos en ascensores mientras nos apresuramos a la oficina. Los ancianos se parecen mucho a las plantas de interior en macetas que se sacan por la mañana y por la tarde para que les dé un poco de aire y luz solar.

Ahí es donde pertenecen los ancianos, y allí los encontrarás a todos sentados, muy contentos y sin recuerdos.

*

Pero ahora que estamos hablando del tema, se me ocurre que la memoria puede ser

un bien escaso en esta ciudad. Los jóvenes estamos muy ocupados. El futuro se presenta brillante a la vuelta de la esquina. No tenemos tiempo para mirar atrás, y ahí es donde estará la memoria, si es que existe. Revoloteando entre los escombros y las ruinas. Y en la mirada distante de estas viejas macetas, que ¿qué valor tienen, en realidad, en esta ciudad shanghainesa? Y, de todos modos, como somos gente muy familiar y cuidamos con cariño a nuestros ancianos inútiles y a nuestros difuntos, los colocamos encima de nuestros armarios para que reciban su dosis diaria de aire y sol. Así que nadie recuerda en esta ciudad, ningún recuerdo de nada, de cómo antes había aldeas a ambos lados del río, y campos y elefantes también, y de cómo al otro lado del puente un cartel decía «Aquí viven elefantes», y se traían verduras frescas y tiernas de los campos al mercado a orillas del río, y a veces los transeúntes se detenían a comprar fruta y que se la cortaran al instante, y la comían, o la guardaban en sus cestas, y los niños veían a los elefantes bañarse y escupir chorros de agua por sus trompas, y para las bodas, la gente leía el cartel que decía «Aquí viven elefantes» y cruzaba el puente para acordar un precio con el mahout: de todo esto no hay recuerdo, ni siquiera en forma de cuentos o rumores.

¿Y por qué habría de haber algún recuerdo, cuando todos los aldeanos, los campos, los elefantes y los cuidadores de elefantes han desaparecido? Claro, es posible que se hayan convertido en gente de ciudad y que los elefantes hayan sido guardados en un armario bajo llave, o que los hayan descuartizado y convertido en sopa. Sea como sea, todo rastro del pasado se ha ahogado en el río y ahora las orillas están pavimentadas con cemento y asfalto, y bordeadas de enormes tinajas de cemento rebosantes de flores de ciudad. Mientras caminas por ese camino pavimentado junto al río, ¿queda algo que te recuerde que aquí se extendía un agreste humedal arenoso y que justo donde ahora pisamos, el río se desbordaba y los cadáveres de elefantes flotaban en las aguas turbulentas?

¿Ah, fue hace mucho tiempo?

Porque el significado de “hace mucho tiempo” no se puede medir con una regla, como si 1500 pulgadas de atrás equivalieran a mucho tiempo. De la misma manera que hoy en día puedes tener a dos intolerantes, uno de cada bando, uno al lado del otro, pero ambos estarán fundamentalmente anclados en el pasado. O como le gustaba decir al poeta Firaq, el primer ministro Jawaharlal Nehru y el poeta Maithili Sharan Gupta vivían a solo un par de kilómetros de distancia, mientras que Nehru y el primer ministro británico Harold Macmillan vivían a miles de kilómetros de distancia, pero ¿quién era realmente contemporáneo de quién? Filosóficamente, Nehru y Macmillan eran contemporáneos, mientras que, según Firaq, ¡el poeta Gupta estaba anclado en la Edad Media!

Si consideramos otra metáfora, el concepto de “hace mucho tiempo” pierde sentido. Como los indios no residentes y sus lenguas maternas. Para la primera generación, la lengua materna merece la pena hablarse; para la segunda, recordarse; para la tercera, una reliquia de museo. Lo máximo que se puede hacer es soltar un par de palabras que se han oído de las abuelas, sonreír, seguir adelante y volver al trabajo, donde tales palabras son obstáculos sin importancia.

La clave está en esto: cuando la generación mayor, tan hogareña como las plantas de interior, sale a tomar el sol y respirar aire fresco, la razón por la que parecen no tener recuerdos es que no hay ni un solo resquicio en el tiempo que los rodea por donde un recuerdo pueda colarse accidentalmente. Ellos, con su aire y su sol; nosotros, con nuestros ascensores, estamos cada uno ocupado, según nuestra edad. ¿Qué saben? ¿Acaso saben algo de aquella anciana? No hay ningún hilo conductor que conecte a una persona con otra.

*

Así que, si algún anciano sabía algo sobre esta mujer, que también era anciana, no llegó a nuestros oídos.

Lo que sí llegó a nuestros oídos fueron otras cosas. Palabras tontas que surgían en el aire y flotaban despreocupadamente, entrando por un oído y saliendo por el otro, a veces transformándose en un pájaro que saltaba lejos. Y levantábamos la vista un instante de nuestro importante trabajo para deleitarnos con su piar.

Que había muerto, y algunos decían haber visto su funeral.

Que era una chakka, intersexual, ni hombre ni mujer, y que se aprovechaba de ambos, así que ¡cuidado, preciosa, mira, ahí viene!

Que está loca, que lo ha estado desde los disturbios que ocurrieron en algún momento.

Que es una asesina, sedienta de la sangre de quienes se han metido con su gente y los han hecho pedazos, y que los cadáveres sin reclamar y los asesinatos sin resolver de los que se oye hablar... sus ataques asesinos están detrás de todo.

Que trabaja como detective para una célula terrorista.

Que es gandhiana, lo cual es una persona perfectamente válida en sí misma, pero que no sirve de nada a un bando ni al otro, y que en realidad no causa daño, dejándolos que se decanten por el bando que prefieran.

Que es un robot, armada con una bomba china, y que si alguien la toca, explotará y el dominio de Shanghái se mantendrá.

Fuese lo que fuese, sin duda existió; de esto puedo dar fe. Ya fuera humo que flotaba en forma de mujer, o un ser de carne y hueso, o una máquina, estos ojos la han visto una y otra vez. Continuamente, repetidamente, omnipresentemente. A veces móvil, otras inmóvil. A veces cruzando el puente sobre el río, o la calle, o tambaleándose lentamente por el callejón. A veces de pie sobre un montón de ladrillos mirando algo a lo lejos, o caminando con paso firme por la ciudad, o paseando vanamente entre las obras de construcción.

*

Desde mi ventana tenía vista al río y al puente. Había acercado la mesa para poder ver el paisaje cuando levantaba la vista del portátil. El puente, el río, el bullicio de la ciudad.

Y ella también apareció.

Una persona alta y robusta avanzaba por el puente. ¿Hombre o mujer? ¿Volando o caminando? ¿Patinando? Con un sencillo sari de algodón, que cualquiera podría usar, aquí o allá, el pallu ondeando tras ella como un halcón o un buitre batiendo sus alas, un bastón en la mano que golpeaba suavemente y agitaba como un bastón, cortando el aire con un silbido como si apuntara a momentos invisibles o a las insinuaciones de cuentos antiguos... avanzaba... avanzaba... Conforme avanzaba, también lo hacía su edad, lo que la hacía parecer a veces dócil, a veces peligrosa, y siempre había algo en ella que, si la mirabas, sin duda te daban ganas de hacer una broma o burlarte de ella en secreto, pero más allá de eso, no la dejaba afectar, ni tú querías molestarla.

Llegaba, se sentaba en el banco y tomaba una forma tangible.

¡Como si antes no hubiera sido real! ¡Era una mariposa, un pájaro, humo! Aleteo, aleteo, revoloteo, crujido, crujido, un simple temblor.

Llegó y se transformó en roca.

Todas las preguntas que pudieras haberte planteado en los momentos previos y posteriores llegaron al banco y se convirtieron en piedra. Sin palabras e inmóviles. Siempre quietas.

¿Sería posible que solo se volviera real cuando se fundió con el banco? ¿Cuando se elevó de nuevo —más humo, tomando forma en el aire, flotando por las calles de la ciudad y sobre el puente— y luego volvió a la piedra?

O quizás este sea el poder de la imagen. Que cuando una imagen se graba en la mente, permanece allí para siempre. Desplaza a todas las demás imágenes, de modo que incluso cuando las vemos, no dejan huella.

Así que, la anciana estaba en el banco; eso era todo. Dondequiera que apareciera, era un espejismo, pero cuando estaba en el banco, era simplemente esa anciana.

De hecho, incluso cuando no estaba allí, seguía presente. E incluso nosotros empezamos a decir que la anciana siempre estaba sentada en el banco.

Es curioso, pero cada vez que la veía fuera de la ventana de mi oficina, estaba justo allí, fuera de la ventana, a la orilla del río, como si hubiera aparecido en ese preciso instante.

¡Y así fue!

*

En resumen, la cuestión es que aquí teníamos una ciudad que se alzaba sobre la sangre, el conflicto y la crueldad, funcionando con precisión milimétrica, como un reloj nuevo. En ella vivía, vagaba y se sentaba una anciana que hacía lo que le placía, que existía al margen de todo lo demás: costumbres, vida, género, clima, color, vestimenta o apariencia, y nadie la molestaba.

Pero todo esto empezaba a parecer un poco extraño. En una ciudad donde todo estaba programado y el tiempo, el lugar y los motivos de todos estaban fijados, y nos complacíamos cuando veíamos que cuando el reloj marcaba las doce, el autobús de las doce había partido, y si marcaba las 3:15, el tren de las 3:15 comenzaba a avanzar, en medio de todo esto, había una mujer que cruzaba la calle cuando el semáforo peatonal estaba en rojo, pero nadie decía nada, y una grúa recogía escombros de un edificio viejo y giraba en el aire para cargarlos en un camión, y allí estaba ella, de pie sobre el montón de escombros como si estuviera a punto de ser arrojada también, y el operador de la grúa guardaba silencio, y ella seguía sentada en el banco, incluso después del atardecer, incluso después de que la policía moral hubiera hecho sonar sus silbatos, diciéndoles a todos que se largaran, maleducados, obscenos, solteros, heterosexuales, parejas amorosas, y golpeando sus bastones mientras intentaban sacar a esos degenerados de las sombras, pero la mujer seguía haciendo lo que hacía. Era libre, se ponía de pie, se sentaba, vagaba, caprichosa, obstinada. O era un fantasma. O no tenía nada mejor que hacer.

Nadie le dijo nada. La policía de tránsito no la reprendió, ni los obreros la arrojaron a la hormigonera, ni los coches le tocaron la bocina, ni los defensores de la moral apretaron los dientes y silbaron. Más bien, las máquinas, los coches, la gente, todos se

movían a derecha e izquierda como quien se postra ante una figura venerable. Y ese ser regio, fantasmal, arruinado, como se quiera llamar, seguía su camino y se sentaba en el banco.

Pero en cualquier caso, murió.

*

O tal vez ya estaba muerta, y luego murió de nuevo, y esta vez, fui testigo de su muerte.

Sé que esta no es la manera de contar una historia, de contar el final tan pronto, pero, para empezar, no me convence esto de las divisiones claras. Me resulta más atractivo cuando no hay una forma definida; no hay pasos secuenciales, como primero esto, luego esto, luego aquello, y después el final. Al contrario, las divisiones ordenadas de la ciudad, con sus muros que rodean a la gente del río, me inquietan un poco, incluso ahora. Quizás por eso, en comparación con otros, levanté la vista de mi trabajo con más frecuencia al ver su imagen fugaz. La observé con interés. Sentí una pizca de admiración, una pizca de envidia, al pensar: «Vaya, aquí hay alguien que no pertenece a nadie más que a sí misma».

Además, si ni siquiera está decidido que el final solo llega al final, ¿de quién es este principio y de quién es este final? ¿Quién sabe si la historia termina con su muerte? Y si ya había muerto antes, ¿qué era lo que sucedía después de esa muerte? ¿Hasta su próxima muerte? ¿Quién sabía con suficiente certeza qué secuencia de eventos se desarrollaba y de dónde provendría el orden para ordenarlos secuencialmente?

Lo único que sé es que yo también presencié una de sus muertes. En ese mismo banco. Para entonces, ya era mayor, y alguien la traía en coche, la levantaba como si fuera una maceta, la sacaba y la colocaba en el banco, y luego volvía a buscarla, después de que hubiera disfrutado del sol y el aire.

Incluso entonces, no sabía si la enterrarían o la incinerarían, pero cuando corrí a levantarla, me sorprendió lo delgada que se había vuelto; no necesitaría una tumba grande, ni mucha madera. Su antiguo andar varonil y su robusta complexión se habían encogido, y fuera de un lado del río o del otro, solo necesitaría el espacio que necesita un niño.

*

¿Cómo puedo afirmar con certeza que no he omitido fragmentos de su historia si ni siquiera sé cómo se desarrollará cronológicamente? Cuando presencié su muerte,

pudo haber ocurrido antes o después de una o más muertes, sí, puedo decir que antes de esta muerte en particular, tuve algunas oportunidades de verla de cerca. No muchas, pero suficientes para que ya no sintiera la incómoda vacilación que otros sentían a su alrededor, y lo que quedaba era una sensación de disfrute o, al menos, de simple curiosidad. Eso no iba a interferir con mi trabajo, y de todos modos, el trabajo en seguros es extremadamente aburrido, así que ¿qué tiene de malo disfrutar de un poco de entretenimiento gratuito?

Aparecía fuera de mi ventana, enmarcada por el río, el puente y el cielo. Desde lejos se acercaba. Antes de girarse hacia el banco, descansaba junto a nuestra puerta. A veces parecía que me miraba, y mis manos se movían frenéticamente sobre el teclado, mi cabeza se inclinaba ligeramente hacia mi cuello en el gesto habitual de saludar a una persona mayor, y mis palmas se apretaban un poco, todo esto sin levantarme del ordenador, sin dejar de trabajar. Quién sabe si me vio o no, pero no respondió, o quizás yo no lo vi, pues ya estaba de vuelta al trabajo. Estos instantes intermedios eran apenas un abrir y cerrar de ojos.

Pero sin duda me había acostumbrado a estos momentos y, al encontrarme frente a la anciana, ya no sentía ansiedad ni intentaba evitarla ni escabullirme de puntillas. Cuando llegaba la hora de salir de la oficina, bajaba las escaleras y me dirigía hacia mi coche, y entonces la veía cruzar el puente con la espalda ondeando, y volvía la mirada hacia el banco como siempre, esperando encontrarla sentada allí, aunque la estaba viendo cruzar el puente.

Un día, justo cuando iba a abrir la puerta del coche, mis pies se dirigieron hacia el banco. ¡Me llevaron solos!

El banco estaba a poca distancia. Caminaba hacia él por pura curiosidad.

¿Pero qué era aquello que había en el banco?

Al acercarme, mis pies se detuvieron, como si estuvieran clavados. Como si un cartel dijera: PROHIBIDO EL PASO. Entonces me di cuenta de que había una revista en el banco. Me pareció haberla visto en la mano de la anciana aquella mañana, y recordé la escena de antes, cuando apareció en nuestra puerta con un bastón en una mano y la revista en la otra. Debió de haberla olvidado en el banco, pensé, y me incliné para recogerla, pero casi me sentí como si estuviera robando; nadie me veía, ¿verdad? Pero se la estoy trayendo, pensé con fastidio. Se la devolveré cuando la vea. Sin embargo, mis ojos en la nuca se movían de un lado a otro. ¿Por qué me sentía culpable por recoger una revista tan insignificante? Al fin y al cabo, era posible que la anciana no la hubiera olvidado, sino que la hubiera tirado, pensando: «Ya basta, he visto todo lo que necesitaba ver». Como solemos hacer con las revistas.

La habría recogido de todas formas, para que nadie la tirara: ni la lluvia, ni el viento, ni el sol, ni el basurero, ni el perro, ni el gato, ni el cuervo, ni la paloma. ¿Por qué me daba tantas vueltas, hasta el punto de enfadarme? ¡Ay, si tienes que recogerla, hazlo! Si no, déjala ahí. Así que extendí la mano con disimulo y cogí la revista.

La hojeé: en la portada estaba nuestro edificio de oficinas. Era una revista de arquitectura, con fotos de otros edificios antiguos: ladrillos pequeños, arcos, jharokhas, cúpulas, celosías con enredaderas ornamentadas. Mansiones, fortalezas, havelis, palacios. También había fotos del interior de nuestro edificio. Vaya, la anciana debió de disfrutarlo: ¡Ay, Dios mío, las cosas que veo todos los días, justo en estas páginas! Seguramente cogió la revista pensando: Venga, echemos un vistazo aquí y allá, a esto y a aquello, a todo junto.

Nuestro edificio, sin duda, merecía aparecer en la portada de una revista. Era de la época británica, una fusión de estilos indios y extranjeros. Un nabab inglés debió vivir aquí con gran opulencia. ¡Qué triste debió ser morir y ver desaparecer también el Raj británico! La entrada, con su imponente portón de leones, está decorada con ramos de flores talladas. Cornisas ornamentadas adornan la pared frontal. Pilares redondeados en la veranda, una gran cúpula en el tejado rodeada de estrechos minaretes, jharokhas de madera tallada y azulejos victorianos.

En el interior, un suelo de mosaico con motivos de hojas y flores. Lámparas de araña colgaban suspendidas del alto techo. Había una escalera curva, una antigua chimenea, y en cuanto uno se sentaba en los grandes y pesados sofás, se sentía transportado a la época del Raj. Podía estar sentado allí tomando café en un vaso de papel, pero tener la ilusión de estar eligiendo una bebida servida en una copa real por un camarero de pie, con un uniforme de colores brillantes.

La alfombra también era de esa época. Tenía un diseño de cachemir, un aroma antiguo, y algunos ratones viejos lo mordisqueaban aquí y allá. Se extendía por el salón y el pasillo, crujiendo al subir la vieja escalera curva, esparciendo un olor a humedad y alérgenos por doquier. Era una hermosa escalera curva, al borde del colapso, pero de alguna manera conservada.

El verdadero problema era el mantenimiento, ya que innumerables edificios de este tipo habían existido en esta ciudad cuando antaño habitaban elefantes, pero la Shanghainización los había vencido. Los había desplazado. No cabían los diversos cables y alambres para teléfonos, electricidad y demás dentro de sus gruesas paredes. Tales paredes no se doblan a menos que se rompan. No se pueden limpiar, hay que arrasarlas.

Hoy en día, apenas quedan algunos edificios como este en la ciudad. Algunos fueron comprados por el gobierno por una miseria y convertidos en casas de huéspedes u oficinas de turismo. Otros fueron adquiridos a precio de ganga por empresas privadas y transformados en hoteles de cinco estrellas. Nuestro edificio, de alguna manera, se mantuvo en pie porque pertenecía al padre del jefe, cuyo excéntrico deseo era que no se modernizara durante su vida. «¡Qué diseño tan poco profesional!», exclamaba el jefe, pateando con irritación. Su padre había quedado reducido a la mitad de su tamaño tras un derrame cerebral, pero la parte dominante seguía viva en la parte restante. Mientras él viviera, el jefe tenía las manos atadas.

Era un verdadero aprieto, y el tema surgía con frecuencia, ya que los problemas de mantenimiento eran diarios. Viejas tuberías de agua corroídas que extendían la humedad por las paredes, la cual se filtraba al cableado eléctrico; ¿cómo se iban a cambiar las tuberías si no se derribaban las paredes? Y las paredes no se podían derribar. No toques eso, hay chispas peligrosas, y aquí podrías electrocutarte. Los pilares y las paredes permanecieron en pie, al igual que los interruptores instalados en ellos, y los cables conectados a ellos se mantuvieron en su lugar. La solución que propusieron fue sacar las tuberías de agua y los cables eléctricos a la intemperie, y clavar los interruptores. Nuestras tuberías y cables estaban instalados en cajas blancas y sobresalían en todas direcciones.

Comparada con las otras oficinas multinacionales, la nuestra parecía descuidada y deteriorada.

Los limpiadores y pintores también tenían sus propias objeciones. ¡Estas antiguas havelis se dan aires de grandeza! Y el arte es tan intrincado que nada es sencillo. Espirales, bóvedas, tallas, celosías, ornamentación; alcobas, puertas, ventanas, columnas, cúpulas, grandes salones. Así que meter la mano en cada grieta es una tarea ardua y una pérdida de tiempo, ya sea puliendo, pintando o barriendo a diario. Estos edificios antiguos parecen empeñados en interponer obstáculos por doquier, ya que todo —el radiador, el enfriador, el calentador de agua— funcionaba mediante cables y tuberías enredados y colgantes.

¡Tanta antigüedad arrinconada! ¡Sin generar ingresos y haciéndote llorar por el gasto! Cada vez que se realizaba una sesión de fotos que convertía esta antigüedad en un espectáculo para un anuncio o una película, nos daban algo de dinero, pero ¿para qué servía? ¡Ni siquiera para el té del ejército de limpiadores que habían sido reclutados por necesidad!

En resumen, la belleza tiene su lugar, al igual que el trabajo. Estas cosas tortuosas e imprácticas, estos símbolos de nuestros abuelos y abuelas, son todas inútiles. Todos

estamos de acuerdo. Hoy en día se buscan formas claras, rectas y fijas, donde las paredes sean tan lisas y elegantes que puedas deslizar la mano de un lado a otro con facilidad. Lo que no se quiere es que el flujo se atasque, se derrumbe en algún punto, se enganche en otro lugar o se caiga en otro sitio más. Las mesas y sillas antiguas no se pueden apartar; hay que rodearlas, lo que significa que el andar recto, rápido y corporativo se va al traste, y hay que caminar torcido, tambaleándose, dando saltos, apoyándose. Si el pie toca la alfombra, se engancha en un remiendo o un desgarró; si se suben las escaleras, el crujido provoca mareos.

Las empresas no funcionan así. Son eficientes y precisas. Nada obstaculiza la productividad de una empresa. Si uno se enfrasca demasiado en constantes impedimentos e interrupciones, entonces la empresa está acabada. Que sigan el camino de los elefantes, allá donde fueron, con su andar alegre y perezoso.

La mayoría de nosotros ni siquiera nos apoyaríamos en la vieja escalera por accidente. Si salías afuera, detrás de la oficina, había una escalera de acero con la forma adecuada. Todos evitaban la escalera curva, más conveniente, y usaban la que estaba más lejos, afuera, y rápido, además. Algún día construirían un ascensor, y entonces pasaríamos de tres pisos a quién sabe cuántos más, y entonces simplemente presionarías el botón, subirías, bajarías, volverías a subir, luego bajarías, ¡zas! Inteligente, práctico.

Pero había una parte de mí que disfrutaba de esa vieja tontería. Quizás porque no soy de por aquí, y Shanghái aún no ha llegado a mi tierra. En casa, mi abuelo fuma su pipa de agua burbujeante, y cuando pienso en él, siento nostalgia. Y por un instante fugaz, la vejez, el viejo tiempo, me atrae. Y en momentos como esos, la curva de la escalera no se siente tan mal bajo mis pies, ni el olor a humedad de la alfombra me ofende la nariz. Subo con cautela, y al llegar a la curva más allá de donde los de abajo pueden verme, a veces me convierto en un principito de la vieja era. ¡En mi mano extendida sostengo una espada imaginaria! Al subir las escaleras, me encuentro con la era más moderna, y aunque sostengo mi espada, me convierto en un rico novio indio no residente. He regresado a casa con pompa y orgullo tradicionales para casarme. Llevo un pijama de seda, un achkan de brocado, un turbante en la cabeza; tengo una espada en la mano, dólares en el bolsillo, zapatos en los pies, y oigo las risitas y risitas de mis cuñadas y sus novias gritando coquetamente: “¡Dólar! ¡Dólar!”. Antes de llamar a la puerta del jefe, llego al dormitorio decorado donde me esperan en el lecho nupcial. Aparto disimuladamente a mis descaradas cuñadas —yo me encargo de todas, soy un tipo apuesto— y, lanzándoles un beso a cada una, avanzo para abrir la puerta al oír el «Adelante» del jefe, mientras abro la puerta principal y pongo mi cara de oficial.

Para alguien cuya época había quedado atrás, debió de sentir una emoción aún mayor al ver el viejo edificio. Debió de ser un momento de entusiasmo en el transcurso de su

rutina diaria, cuando un niño ocioso leyó superficialmente la revista y se la puso delante, y ella debió pensar: «Ah, aquí es donde suelo pasear». Y entonces debió de quedarse parada en la puerta, con la revista en una mano y el bastón en la otra, mirando a un lado, luego al otro. En nosotros, luego abajo. ¡Pero si es el mismo edificio! El tipo de emoción que solo experimenta un niño o una persona mayor. Ligera y espontánea.

Es agradable, ¿verdad?, cuando la vida se acerca a su fin en la aterradora vejez, y hay un leve temblor, un ligero sabor, por un instante, que te libera de la implacable atracción de la muerte. Contemplar lo que tienes delante, una fotografía que sostienes en la mano, puede iluminar tu corazón y tu día, e invitarte a sentarte en el banco, dejar que el río fluya contigo, el edificio a tus espaldas, la revista a tu lado.

Y así debería ser. Siéntate en paz, contempla el río, te saludaremos con un namaste, y te complacerá el saludo. No impongas las afectaciones de tu época a la tuya. Ni los extraños caprichos excéntricos que los ancianos puedan exigir, pero que serían un desastre para el resto de nosotros. No es práctico, ni barato, ni sencillo, pero insisten en que esto es lo correcto, esto es cortesía. No encuentran la paz, ni nos dejan en paz. Los rincones y recovecos se llenan de telarañas, pero no deben ser retiradas. Para ellas, las telarañas deben parecer hilos de gasa, y con su vista débil, no deben darse cuenta de que el mundo ha seguido adelante desde donde estaban, y donde está ahora, ellas ya no están.

Sentí una punzada repentina de compasión por la anciana. Está bien. El río fluye. ¿Qué daño puede hacer a alguien que se siente aquí? Me alegró que hubiera encontrado la revista. Debió de haber disfrutado del contraste entre lo real y lo impreso en su existencia, por lo demás vacía. Sonrió para sí misma, como si sintiera que tal vez ella misma había obrado algún tipo de magia.

Así que le recogí la revista.

*

Todo el día, incluso durante las horas extras, me senté junto a la ventana y tecleé en mi portátil. De vez en cuando, levantaba la vista y veía el río. Y volvía a teclear.

El río se veía precioso fluyendo entre las orillas de cemento. Cuando hacía sol, la gente estaba ocupada. Pero después del atardecer, los vendedores de chaat, mazorcas de maíz y cacahuets, con sus cestas y cucharas, empezaban a pregonar sus productos y la gente salía a pasear con sus hijos. Incluso entonces, el río seguía luciendo hermoso. Uno no se daba cuenta cuando caía la noche y los silbatos de los vigilantes anunciaban

el cierre del Parque Ribereño. La gente se marchaba, algunas luces permanecían encendidas y, entre ellas, el río profundo y oscuro. Aún así, hermoso.

Entonces, a lo largo de la orilla apareció un jeep de policía, patrullando. Sus faros brillaban en la noche como detectives buscando con linternas. Pero incluso entonces, el río me parecía hermoso, como si una casa flotante se moviera lentamente por la orilla, su luz flotando inocentemente sobre el agua.

¿Por qué esto no me pareció amenazante? ¿Por qué no sentí la sospecha en el aire? ¿Por qué no recordaba nada? ¿Tantos policías? ¿Tanto silencio? ¿Tanta investigación? ¿Tanto progreso? ¿Tanta prosperidad? ¿Una anciana? ¿La lluvia suspendida sobre el olor a humo?

Porque debo mencionar esto: no hay nada como la lluvia aquí, y no es que nunca haya visto llover. Pero es casi como si no existiera.

Una sábana gris comienza a ondear. Deja de ondear y se oscurece. Se vuelve más pesada, cae, lo cubre todo y yace allí en silencio.

No hay nubes esponjosas flotando. Solo una sábana gris que se ha vuelto pesada como el metal.

Entonces sopla el viento. Pero la sábana no se mueve. El olor a humo se extiende. A quemado. A ceniza. ¿Dónde está el viento si ni siquiera podemos saber si sopla?

Pero no estoy distraído. Nadie lo está. Estamos ocupados con las horas extras. Quizás no olfateamos porque no tenemos tiempo. En cuanto al humo, llegamos hasta los círculos de humo que hacemos con nuestros cigarrillos. También es posible que si, distraídamente, nos pusiéramos a buscar otro círculo de humo y llegáramos a algo inesperado —por ejemplo, un cadáver medio quemado humeando en una pira—, ni siquiera entonces nos distraeríamos de nuestro trabajo. Más bien, algunos de nosotros hemos alcanzado tal nivel de habilidad que simplemente lo incorporaríamos a nuestro trabajo y empezaríamos a vender entradas para verlo o fotografiarlo. «¡Mira, mira, cadáver!», gritaríamos a los transeúntes, «¡Toma una foto, real, real...!»*

Así era la situación: la vida era hermosa y la ciudad se empeñaba en superar a Shanghái, y el río fluía por el medio, reflejando en sus aguas las bellas imágenes de la encantadora ciudad dividida, donde la gente y las luces de la ciudad ondulaban, brillando como las monedas de los nuevos ricos, y los altos edificios comerciales de los que emanaba todo el brillo resplandecían en el agua con un estilo principesco, y todo rebosaba de deleite mientras se mecía suavemente con la brisa y arrojaba destellos juguetones al río como una fuente de fuegos artificiales, llenando la vida de emoción y escalofríos.

En medio de todo esto, la aparición y desaparición de la mágica anciana pasó desapercibida. Recordar cosas sin sentido es francamente inquietante. Si el significado de tales cosas comienza a aflorar, uno podría ponerse a pensar, y entonces necesitaría saber dónde guardar esos pensamientos. Y por qué.

Para nosotros, ella era solo una pequeña parte de toda la escena, que permaneció en gran medida olvidada. Era como la grúa que se alza en el horizonte de la ciudad, y alzamos la vista sobresaltados, con la mirada fija en la ventana. ¿Pero cómo podía alguien tan insignificante provocar tal sobresalto? O era como el humo que se queda en el aire bajo la lluvia. Pero era así. Sin sentido. Familiar, inútil, incomparable, sin eco.

*

Qué muda era su imagen; solo la comprendí el día que habló. El día que volvió a venir y se detuvo junto a nuestra puerta, echó un vistazo rápido a mi ventana y luego se quedó mirando el río, fundiéndose con el banco.

Casualmente, eché un vistazo a la revista que había recogido y le quité el polvo que se había acumulado, antes de continuar con mi trabajo. «Ah, la vejez», me dije con compasión. «No hay necesidad de holgazanear ahora, puedo dársela durante la hora del almuerzo», le aseguré mi mente activa a su espalda inmóvil. Junto a la orilla del río. Pero era menos una espalda y más una piedra. «Sé feliz», bendijí a la espalda. «Pobrecita, debe estar completamente inmóvil, vacía por dentro, prácticamente muerta por fuera; será como un soplo de aire fresco verme, ver la revista».

Cuando llegó el momento, recogí la revista y salí hacia el banco. ¡Esa piedra, tan perfectamente quieta! «Mata ji», la llamé. De repente, me sentí inquieto y como si yo también me estuviera convirtiendo en piedra. Hablo con una piedra, ¡qué tonta! Estoy interrumpiendo la meditación de alguien. ¡Qué entrometida!

«Mata ji... tengo tu revista», susurré, como si confesara un crimen.

Ella se giró. El río a sus espaldas. Enmarcaba su rostro, casi como una cascada. Bajo los intensos rayos del sol, las gotas de agua parecían astillas de cristal.

Me miró y luego volvió a girarse.

Me quedé allí parada. Una revista de pacotilla en la mano. Déjala y lárgate; lárgate, pensé con fastidio. La dejé y estaba a punto de marcharme, sintiendo que no tenía derecho a estar allí.

Entonces, los ojos en mi nuca vieron que me hacía señas para que me acercara. La revista estaba en su mano; sus ojos estaban fijos en mí.

«Soy la madre de la madre de tu madre».

¡Era una voz imponente que parecía regañarme!

Me sonrojé.

También me sentí nerviosa. ¿Cómo podía ser tan etérea y silenciosa, y a la vez hablar con tanta fuerza? La compostura flaquea.

¿Era la voz de un maestro, de un hombre, de una mujer, de una cantante, de un director...?

Empecé a aclarar que quería irme rápido. «Te veo... desde mi oficina... dejaste tu revista... así que... cuando aparezcas... vigila el río... estoy aquí... todo el día... compañía de seguros...» Tartamudeé: «Allá...» Señalé hacia nuestro edificio.

La anciana había recogido la revista.

“Sí, sí... este... igual que aquel... nuestro edificio. Viejo, pero no tanto. Hay dragones chinos en los armarios. Y hay claraboyas de vidrieras. Y jarrones de latón. Hay un ejército entero para limpiarlo; las aspiradoras son inútiles. Increíblemente polvoriento...”

¿Pero de qué estás hablando? ¡Ya lo ha leído todo en la revista!

“Doscientos”, dijo.

Años, entendí. “Sí”, asentí. “Siglo XVIII”.

“Fantasmas”, dijo.

¡Ah! Ya lo entiendo. ¡Doscientos fantasmas!

—Sí —sonreí cortésmente, despidiéndome mientras me daba la vuelta. Las divagaciones de la anciana.

El asunto debería haber terminado ahí mismo. ¿Qué nos unía? Ella era una anciana y yo, un joven. Ella era el pasado, yo el presente; ella era antigua, yo el moderno. En otras palabras, tenía una rutina diaria establecida, mi vida era bastante buena y mi futuro tampoco pintaba mal. Se decía que éramos la superpotencia del futuro, que el futuro se acercaba y que gente como yo lo habitaría, creándolo a la vez.

Me había dado la vuelta y me sentía tranquilo cuando oí una risa aguda a mis espaldas. La anciana se reía de mí.

Ante mí se alzaban nuevos edificios con ventanas azules. Si vives en esos edificios, puedes mirar hacia afuera, pero nadie de afuera puede ver hacia adentro. Quienes vivimos adentro también podemos decidir cuántos ecos, cuánta luz, dejamos entrar.

No miraré atrás, solo miraré hacia adelante. Pero de alguna manera, el reflejo de la anciana se proyectó sobre el nuevo edificio de cristal azul, multiplicándose de uno en muchos.

Como si alguien hubiera lamido un sello de correos con su reflejo y lo hubiera pegado por todas partes.

La era de los sellos se acabó, pensé con fastidio. Correo electrónico, SMS, Twitter, Facebook, BBM, WhatsApp. ¡Hum! Abrí la puerta de mi oficina, la cerré, olvidé a la anciana y la habría seguido olvidando si no hubiera estado destinado a que nos volviéramos a encontrar cara a cara.

*

Como si estuviéramos jugando al escondite.

Lo que sucedió fue que un día falleció el padre de nuestro jefe. Se guardó luto en la oficina, e incluso fuimos a su casa para acompañarlo en su duelo. Su obituario apareció en los periódicos, y fue elogiado como uno de nuestros industriales más diligentes y talentosos. Había sido uno de los artífices de la reconstrucción de la ciudad, después de que quedara reducida a cenizas durante los disturbios. Fue él quien inició el proceso durante el cual el futuro —nosotros— comenzó a forjarse... y así sucesivamente.

Una vez concluidos todos los ritos funerarios, volvimos al trabajo de forma ordenada, cuando al jefe se le ocurrió que ahora debíamos modernizar nuestro edificio. Arquitectos, contratistas y constructores empezaron a ir y venir, y todos nos decíamos que esto era urgentemente necesario. Había grietas en el edificio, las paredes se desmoronaban y estaban en ruinas; era un desastre. Si nadie se rompió un hueso en las escaleras, fue solo gracias a la fuerza de los huesos nuevos. Por suerte, el jefe no estaba a favor de las demoras, y menos mal que su padre había fallecido. ¡Manos a la obra!

El contrato se le adjudicó a una pareja de arquitectos de moda, y nos trasladamos temporalmente a una oficina alquilada. Se llamó a los detonadores para demoler el viejo edificio. En cuestión de segundos, se llenó de humo y los pilares que sostenían el techo se derrumbaron. Las explosiones se dirigieron hacia una zona vacía fuera del edificio, para que las paredes cayeran como árboles, sin interrumpir el progreso de la obra. Aun así, montañas de grandes trozos rotos se amontonaron por todas partes y el polvo empezó a volar. Los escombros fueron triturados para facilitar su remoción. Los restos de nuestro edificio yacían esparcidos, envueltos en cuerdas, tabloncillos y cajas, con el aspecto de brazos y piernas amputados tras un accidente.

Nos acercábamos a contemplar el espectáculo de nuestro antiguo edificio convertido en momia egipcia y nuestros días pasados desvaneciéndose en una nube de polvo. Sentíamos también una punzada de nostalgia: todas las puertas y ventanas habían sido arrancadas, y lo que quedaba estaba a punto de desaparecer en el universo.

Fue entonces cuando aquella anciana comenzó a aparecer entre el polvo y los escombros. Estábamos ocupados, ya la habíamos olvidado, pero cuando la vimos aparecer, de repente, hablamos entre nosotros, si es que dijimos algo. La anciana había abandonado el banco y se había acercado. Una vez derribada la puerta, se podía considerar abierta. Nadie la detuvo; simplemente se colaba por donde quería, sin temer ni la caída de las vigas ni la ceguera de la tormenta de polvo. Se quedaba cerca de los muros mientras los derribaban; o cerca del desmantelamiento de los nichos y armarios; o del destrozo de las alfombras, cortinas y tapices; y luego se marchaba.

Y volvía. Para la anciana, todo esto era tan emocionante como la última superproducción cinematográfica.

*

Un día, yo estaba allí de pie, y el jefe también había venido a supervisar.

«Menos mal», me dijo. «Era necesario. Podría haber ocurrido una catástrofe en cualquier momento. Había que cambiar absolutamente todo. Un desastre total».

«Pero qué bonito», dije. De repente, la portada de la revista apareció en mi mente. Y justo entonces, la anciana apareció ante nosotros.

Cuando junté las palmas de las manos para saludarla, el jefe también miró hacia allí. «Ah, eres tú», dijo, y se apresuró a acercarse. La ayudó a subir y empezó a explicarme los detalles de lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor.

¿Es posible que nadie se hubiera molestado en contarme estas viejas historias si no hubiera llegado allí en ese preciso instante? ¿Cuando el jefe estaba allí, ella estaba allí, y yo también? Así es como se dan las cosas. De lo contrario, desaparecen.

Así fue como supe que esta había sido su casa. Hubo un tiempo en que el difunto padre del jefe trabajaba para el marido de la anciana. Durante los disturbios, la familia del jefe había dado refugio a la familia de la anciana. «Mientras estemos aquí, nadie podrá hacerles daño», les habían prometido. Numerosas casas a su alrededor habían sido arrasadas por el fuego, pero las sólidas paredes de esta casa apenas sufrieron daños. Sin embargo, el padre y el abuelo de la anciana no regresaron a su hogar. Los familiares del jefe dijeron que la situación se había descontrolado, que ya no podían

darles ninguna garantía, que debían huir. Y huyeron. Entregaron la casa por una miseria. Pero la anciana sobrevivió. Aun así, regresó.

No sabía qué pensar al respecto. Quizás parecía un poco absurdo.

¿Acaso jugamos al escondite con nosotros mismos? El polvo del edificio que estábamos demoliendo se nos metía en los ojos y los oídos, y entonces no podíamos ver ni oír nada. ¿Cómo íbamos a saber quién lo había derribado? Si no lo sabíamos, ¿qué habíamos hecho? No era un crimen, ¿verdad? No fuimos nosotros, ¿o sí?

El jefe pidió una silla para la anciana y la sentó. A su alrededor, los montones de huesos de la casa eran alzados por los aires. Chatarra, que metían en sacos y retiraban; escombros irreconocibles, que la grúa recogía como botín y se llevaba de alguna manera.

Ella permaneció inmóvil mientras seguían retirando las cosas viejas. Una vez la oí decir: «Esa talla es de madera de nogal».

¿Entonces deberíamos tirarla con cuidado?

Se quedó sentada un buen rato, y luego debió de marcharse.

*

Cuando volvimos al trabajo, el edificio estaba transformado. Había paredes de cristal azul, pero ninguna contenía mi antigua ventana.

Subí directamente al séptimo piso y giré a la izquierda junto al ascensor, y desde esa altura, podía contemplar cómodamente el río que fluía abajo.

Un día, mucho tiempo después, un coche se detuvo abajo. Miré hacia abajo y vi a dos personas sacándola del coche. La alzaron y la colocaron en el banco junto al río.

Seguí trabajando todo el día. Cuando salí de la oficina por la tarde, sentí curiosidad. Me giré hacia el banco. Al acercarme, la vi.

«Saludos, Mata ji», dije.

Qué pequeña se había vuelto con el tiempo, como si la hubieran encogido. Una mini-Buda.

Miraba al frente, inmóvil.

Alguien debería decir algo. Intenté romper el silencio. Justo entonces, se alzó la voz de la ciudad: las campanas de oración de los templos y los llamados de las mezquitas para pedir las bendiciones de Dios. Voces al unísono. Desde ambos lados del río.

Desde que me mudé al nuevo edificio, había dejado de oír esas voces; no traspasaban las nuevas paredes. Las oía por primera vez en mucho tiempo. De repente, sonaban extrañas. Un poco aterradoras también, como si no fueran voces de culto, sino ecos de guerra. Cuando la gente olvida, lo familiar se transforma.

Sentí que debía decir algo. «Nuestro edificio está terminado», dije, «Desde aquí se ve toda la ciudad».

El tiempo estaba tranquilo. Ni frío ni calor.

La anciana se volvió hacia mí. Las líneas puras, las arrugas, los lunares, las verrugas, la piel flácida y las marcas de la edad de su rostro se volvieron hacia mí, como si los caminos, las calles, las colinas, los montículos, los pozos, los desfiladeros y los desagües, las plantaciones, los arbustos, las laderas, los páramos rocosos, cada rincón y grieta de la ciudad, su mapa entero, se extendiera ante mí. Me quedé asombrado: parecía como si su rostro estuviera surcado de senderos y cubierto de edificios por los que fluían polvo y humo. Quizás también hubo elefantes, a los que habíamos olvidado o que habían muerto. ¿O acaso los habían matado?

La ciudad murmuraba en los laberintos de su rostro ancestral. Todo estaba allí inscrito, todo se había ahogado allí, y a través de todo fluía el río. Y sus ojos vacíos eran abismos brumosos.

*

Estaba confusa, como también lo estaba ella el día que la encontré muerta en el banco.

'A rambunctious tone and structure come together to form an insightful and very different addition to the genre of the so-called Partition novel.'—*The Wire*



GEETANJALI
SHREE

SHORTLISTED FOR THE INTERNATIONAL
BOOKER PRIZE 2022

TOMB *of* SAND

Translated by
DAISY ROCKWELL

De Tumba de Arena

Así como una pequeña semilla crece hasta convertirse en un árbol gigante que habla con el cielo, la novela de Geetanjali Shree, *La Tumba de Arena*, comienza con un suceso específico —aunque no infrecuente— que tiene lugar en una familia que vive en una ciudad del norte de la India. Este suceso se despliega en un universo extenso donde todas las certezas en las que basamos nuestra identidad se revelan como fronteras limitantes y destructivas: entre géneros, religiones y como la espinosa frontera de la Partición entre dos naciones. Como escribe la autora, comprender no se trata de establecer significados, sino de desplazar significados —significados osificados y etiquetados—.

La protagonista en el centro de esta narrativa vertiginosa es Ma, una mujer de 80 años que, tras la muerte de su esposo, yace sumida en la depresión. ¿La llegada de Beti, la hija bohemia de Ma —quien solía ser su mayor apoyo—, la devolverá a la vida? El siguiente fragmento contextualiza la relación madre-hija, padre-hijo.

—Revista *The Wire*

§

Hay que hablar de la hija. La llamaremos Beti. Al fin y al cabo, es una de las dos mujeres principales de esta historia y su presencia se hará notar a lo largo de la misma. Ambas son fundamentales para la familia y, por lo tanto, están unidas por un amor que las nutre y las priva de alimento a la vez. Lo que aún no ha ocurrido, sin duda ocurrirá. No recordemos aquí los momentos y las historias del pasado, ya que no los necesitamos ahora. Ya pasaron, y no necesitamos recordarlo todo constantemente. Como cuando Beti era pequeña y Ma aún era joven, y la casa estaba constantemente llena de controversias sobre códigos sociales, tradiciones, cultura y protección, y Ma se quedaba sin aliento al intentar calmar la respiración de todos.

Pero lo curioso era que, en medio de todo el ajetreo, Ma se las arregló para abrir un camino hacia lo prohibido.

Como la ventana que daba al huerto de guayabas. Fue Ma quien había despejado ese camino oculto para que Beti pudiera ir y venir. Dentro, reinaba un constante clamor de «¡No, de ninguna manera, no saldrá!». Mientras tanto, Beti saltó por la ventana abierta y se alejó revoloteando como un pájaro. Solo mamá lo sabía. Para los demás, cuando se enteraron de que no estaba en su habitación, Beti estaba ocupada jugando al antakshari, cantando a todo pulmón en el tren traqueteando con su pandilla. Escalaba montañas, se zambullía en el mar, rompía fragmentos de las estrellas y se columpiaba

en frágiles trozos de paja, se desmoronaba, se rompía, y a pesar de todo, mamá seguía confiando en ella. Y cuando esas estrellas y pajas se transformaron en amigos y amantes, mamá seguía abriendo la ventana de par en par para que saltara y fuera con ellos.

La ventana se había vuelto tan útil que mamá también había aprendido a impulsarse, girar y saltar. Salía en el silencio de la noche con bocadillos —shakkarpara, mathri, bati chokha, atados en manojos— y se reunía con Beti, desterrada de casa, escondida entre los densos arbustos de karonda junto al muro, donde reían como niñas pequeñas.

Y no olvidemos el día en que Ma le entregó un sari Banarsi verde brillante por encima de los arbustos a su hija desterrada o fugitiva para la boda de una de sus amigas, y la midió mientras se pinchaba con las espinas, para poder ajustar la blusa a juego para la ocasión. Y la forma en que esas dos mujeres se escondían en esos momentos, asustadas, charlando, mirando a su alrededor con ansiedad, estallando en carcajadas: era como el romance prohibido del siglo, suficiente para hacer llorar.

Pero no permitiremos que nuestra historia se desvíe hacia tiempos pasados.

El contexto actual es este: Beti, que vivía sola, había venido a animar a Ma, que yacía sola. Pero aún no había una ventana abierta. Era invierno.

§

Beti. Las hijas están hechas de viento y aire. Invisibles incluso en momentos de quietud, cuando solo los muy sensibles las perciben. Pero si no están quietas, entonces se agitan... y oh, cómo se agitan... y el cielo se inclina tanto que podrías extender la mano y tocarlo. La tierra seca se agrieta, los ruiseñores se elevan, los manantiales gorgotean afloran. Las colinas se asoman. La singular extensión de la naturaleza se despliega en todas direcciones y de repente te das cuenta de que tus percepciones de distancia y profundidad se han mezclado. Un aliento cae sobre el cabello como un pétalo suave, se siente como una roca en el mar rugiente. Aquello que habías imaginado desde la distancia que era un pico cubierto de nieve, es, de cerca, su dedo, y no se derretirá. La mecha de tu ingenio se disuelve y la oscuridad que lo ensombrece se convierte en una mera sombra. Como cuando cae la noche y sigue siendo noche, o si es de día, y el día se extiende sin cesar. Y el viento sopla mientras el alma suspira, azotando por doquier, retorciéndose y convirtiéndose en una bruja, y arrojándose sobre todos, sobre todo.

Hija. La amas. La temes. Ahora la ves. Ahora no.

Todas las mujeres, no lo olvides, son hijas.

§

Érase una vez una infancia. Una luz blanca y brillante llenaba el aire y la tierra parecía fundirse con el cielo. Te balanceabas en el cielo, con tus bracitos alzados, y diste tus primeros pasos.

El huevo... se rompió... se balanceó... huyó...

Entonces el viento empezó a soplar y las nubes a mecerse. Una lluvia de polvo plateado caía en el aire. Una montaña lejana quedó oculta por una nube, dándole la apariencia de un enorme elefante descansando. Un árbol se asomó por la ventana y susurró con la brisa, y cada hoja cayó como lluvia.

El labio inferior de Beti temblaba de llanto y mamá la alzó en brazos. Lo que sucedió después fue que mamá se convirtió en el labio tembloroso. Apoyó la cabeza de Beti en su hombro y empezó a tararear para calmarla. Le dijo que el gran elefante la esperaba para que subiera a montarlo, y que las dos se balancearían juntas, y las hojas murmuraban: escucha, escucha, están contando historias.

Y Beti sonrió. Y esto también hizo sonreír a mamá.

El llanto de Beti se calmó gradualmente y se convirtió en suspiros, y mamá también pasó de sollozar a suspirar.

Beti se durmió y mamá se sumergió en hermosos sueños.

Y en ese instante, el amor tomó forma de cuerpo. La respiración de mamá se calmó, la de Beti se convirtió en un gorgoteo, y el lomo del elefante gritó de alegría.

Porque...

Las hojas decían que el amor no es bueno para la salud.

O es desinteresado y darías gustosamente tu aliento a otro, o es egoísta y devorarás el aliento de otro.

En la lucha del amor

uno se marchita, el otro florece

uno está a la sombra, el otro iluminado

uno es una oveja, el otro un pastor

uno son los pies, el otro una cabeza imponente

uno es un glotón, el otro muere de hambre

uno cabalga los vientos, el otro es pisoteado

uno florece, el otro se desvanece

Esta era la costumbre en la época de este relato, y esta era la habitación a la que se llegaba cruzando la puerta, y aquí yacía Ma, de vuelta al mundo, como muerta.

Se había cansado de respirar por ellos, de sentir sus sentimientos, de soportar sus deseos, de cargar con sus animosidades. Estaba cansada de todos ellos, y quería deslizarse contra la pared con un temblor; si un insecto se colara en una grieta, ¿acaso la grieta misma comenzaría a respirar?

§

Se puede hablar de amor en cualquier momento porque el amor es hermoso. Es natural. También tempestuoso. Cuando el amor es ilimitado, se expande por el cosmos. Su esencia alcanza su punto culminante y el afán de dominar al otro se extingue. La diferencia entre el zumbido y la llama se borra, y no se detiene ante nadie, ni duda ante ningún límite. Su resplandor se extiende en todas direcciones, bañando el mundo en magia. Tan mágica que el aire centellea. Un palacio de espejos. Un espejismo.

Ahora, ¿quién es real y quién es el reflejo?

Tan hermoso.

Tan poderoso.

Que Dios se aparta apresuradamente.

El amor entre un padre y un hijo puede hacer que Dios pase a un segundo plano, y el amor efusivo hace que la respiración corra de un lado a otro, de modo que uno puede desplomarse por falta de aire, y el otro se hincha con la respiración de ambos. Uno desaparece por completo, mientras que el otro se hincha tanto que podría reventar, expulsando una esencia sucia y maloliente.

Algo se había movido dentro del piso. Se inclinó rápidamente, pensando que pasar desapercibido lo haría menos visible. Una luz se encendió dentro, y la oscuridad se

hacía más profunda afuera, pero ¿quién le diría que esa era la razón por la que era menos posible que lo vieran? ¡Aunque no tengas barba, una pajita se te clavará si te sientes culpable! Se inclinó con la actitud de un criminal y luego, asegurándose de que no hubiera nadie a la derecha o a la izquierda de la calle que pudiera verlo, ejecutó una maniobra acrobática, saltando a una rama más alta. Allí la vegetación era más espesa y tenía una vista clara del piso.

Su ridícula hermana había dejado el balcón abierto, y toda la casa estaba iluminada como si fuera Diwali, para que cualquiera pudiera contemplar su estilo de vida al amparo de la oscuridad y las hojas. Nunca se había preocupado por los mirones. Estaba allí mismo, expuesta, y había sentado a su madre en un columpio vestida como un derviche, para convertirla en el hazmerreír. Columpio, columpio. Miren, todos, ¿han visto alguna vez un estilo de vida así? Miren, la ropa que ondea al caminar. ¡Uf, ¿y si mamá se cae?! Solía usar hermosos saris, los anudaba con elegancia, ¿y ahora?

Empezó a recordarla con saris. Los ha tirado, pensó con tristeza. Y tal tormenta de dolor se desató en su corazón que se agotó y se durmió.

El hombre que dormitaba en recuerdos de saris no era menos experto en el oficio que cualquier comerciante de saris. Así que comenzó a desenrollarlos todos, tornillo a tornillo, toda la colección, en el desolado patio de su mente, y como estaba en un árbol, también comenzó a colgarlos de las ramas. Estaban los saris que mamá usó en su infancia, y luego los que él le había comprado en sus viajes o traslados oficiales. Mamá era mamá solo con un sari. En el Dashashvamedh Ghat de Benarés, bajando las escaleras del templo Vishwanath, junto a las demás mujeres, unas diminutas lámparas de arcilla iluminaban su bandeja. Vestía un sari de seda de Mysore, un sari bermellón con un fino borde dorado. Llevaba el pallu sobre la cabeza, enmarcando su rostro con las franjas doradas. Las mujeres se inclinaron para dejar flotar las lámparas encendidas en el agua, y el cielo estrellado descendió al río, una Vía Láctea resplandeciente que brillaba con coquetería. Ma se secó suavemente la mejilla con el pallu, y su hijo, dormido en el árbol, pareció sentir su suave caricia.

Luego se transformó en una bofetada. La misma que Ma le había dado al salir de la cocina. Él no recordaba la fecha ni la ciudad, pero el aire estaba perfumado con el delicioso aroma de las pakoras friéndose en aceite de mostaza. Era el día del arroz con karhi. Amma le había llenado un pequeño cuenco con pakoras, pero la lengua es la lengua, la mano es la mano, los pies son los pies, y su Bade aún era pequeño. Simplemente tenía que volver a la cocina una y otra vez y coger un puñado de pakoras del plato. Calientes, tiernas y esponjosas, con algún que otro pico o cola crujiente asomando. ¡Ñam ñam! Amma regresó y lo vio; arrastrándolo del brazo cubierto con

una camisa de lana, gritó: «¿Y qué quedará para el karhi? ¡Estás arruinando la cena para todos los demás!». Le había dado una palmada en la mejilla con un toque tan dulce mientras él estaba sentado en el árbol, tan suave como un pallu de Mysore. Pero ese día llevaba un sari de algodón, y se había envuelto el pallu alrededor del pecho y se lo había metido en la cintura, lo que la hacía parecer una heroína guerrera mientras a veces se secaba la cara acalorada y otras veces le daba una palmadita a su pequeño Bade. El hijo, dormido en el árbol, apoyó la mano con cariño en su mejilla.

Para entonces, la Cuerva había regresado al árbol con la pandilla de jóvenes.

No nos importa si no entienden nada más, pero aprendan sobre los saris —dijeron los cuervos mayores.

Los jóvenes cuervos, ansiosos por adquirir conocimiento, sacaron sus libretas y cada uno arrancó una pluma para usarla como ave de caza, la sumergieron en la savia del árbol, escribieron su nombre y la fecha, y se sentaron listos.

Primero, todos escribieron: Está durmiendo.

Era una escena extraña en el árbol: un hombre durmiendo con la mano en la mejilla, rodeado de cuervos, como estudiantes, sentados en cada rama en filas, tomando notas y escuchando sus pensamientos. Es decir, un cuervo en cada rama. La Cuerva era su maestra, y cuando no entendían algo que el hombre dormido pensaba, ella lo aclaraba. Los saris se desplegaban, balanceándose suavemente de las ramas. Los cuervos observaban asombrados.

Sus susurros del corazón se desplegaban sin cesar.

Y finalmente, Bade, ya adulto, comenzó a traer saris para Amma. Cuando ella supo que iba a Kota, Ma misma pidió uno de los famosos saris de tejido Kota, el Kota Doria. Era de un color becerro claro, con cuadros del mismo tono y un fino borde de brocado dorado. «¿Hice bien en elegir el blanco?», se preguntó Bade, pero era tan hermoso, y no era blanco de luto. Mamá solía usar el sari en las tardes de verano, cuando paseaba con papá hasta el acuartelamiento, recordó. A veces, el brigadier Dhillon los llamaba y los invitaba a cenar con sus padres en el acuartelamiento.

Hilo Kota, graznaron los cuervos entre sí.

Entonces notaron un rollo de sari magenta que Bade acababa de desenrollar. Todo el árbol quedó deslumbrado.

Era un sari Patola, recordó el hijo.

¡Un Patola!, exclamaron los cuervos, sin aliento de admiración. ¡Miren ese color, guau!

Estaba estampado con un diseño de doncellas extasiadas bailando el raas leela: un sari con estampado Nairkunj, recordó Bade. Lo había comprado en Charminar, en Hyderabad. También le había comprado uno a su esposa, pero ella estaba más encantada con el de mamá. Mamá había dicho: «Póntelo tú. ¿Cómo puede una vieja como yo usar algo tan coqueto y atrevido?». Pero Bade insistió en que se lo pusiera, y qué guapa se veía. Debió de ser la envidia ardiente de su esposa la que se convirtió en chispas y le hizo algunos agujeros cuando el lavadero lo planchó con la plancha caliente. Aun así, mamá siguió usándolo después de remendar esos agujeros. Y durante al menos tres o cuatro años, su esposa le pedía uno igual cada vez que él se iba de viaje de negocios, o si alguien iba o venía de Hyderabad. Como si ese Nairkunj la consumiera de envidia despierta y dormida. Quizás ahora esté colgado en su armario, pero debe estar aún más desgastado.

Pero ningún sari era tan majestuoso como el Gadwal, pensó.

Majestuoso, observó una joven cuervo, pensando que se trataba de un tipo de sari.

Es un Gadwal, tonta lechuza, la regañó su hermana mayor. —Soy un cuervo, no un búho —replicó ella, poniendo los ojos en blanco.

Mientras desplegaba el sari en el árbol, Bade empezó a pensar: «Mira, gracias a mamá, tuve la oportunidad de aprender sobre las técnicas de los tejedores. ¿Cuántos hombres sabrían cómo era un sari Gadwal? Todo el sari es de algodón, pero el pallu y el borde son de seda, bordados con hilos de oro y plata. Este era un sari amarillo, con el pallu verde loro, y era... ¡Guau! ¡Precioso!... repleto de mangos en cada ondulación y curva. Estaban estampados a partir de diseños grabados en bloques de piedra y madera tallados en la región de Gadwa, en Andhra.»

Ante esto, los pensamientos de Bade se dirigieron a los mangos, cuyo jugo había derramado sobre el sari Pochampally Ikkat de su madre. En aquel entonces, Bade era pequeño y había llorado desconsoladamente. Su madre intentaba calmarlo, diciéndole: «Mira, hijo, este sari tiene tantos colores: ¿Ves? Granate, rojo oscuro, henna, cúrcuma... el diseño los mezcla todos, así que las manchas ni se notan». Siempre que su madre se ponía ese sari, el pequeño Bade daba vueltas a su alrededor, extendiendo trozos de la tela, buscando dónde se había derramado el jugo de mango, pero no lograba distinguirlo del diseño. Todos se burlaban de él por su obsesión, pero él seguía preocupado. «Y el Kalamkari...»

«¡Kalamkari!», exclamó una niña cuervo, y comenzó a garabatear.

Antes de eso, Pochampally, y después, Kanjivaram —dijo Crowess, la de ojos de vaca, en voz baja, como si estuviera recitando una tabla de multiplicar—.

¿Cómo lo sabías de antemano? —preguntó Jackanapes, que estaba sentado cerca, con entusiasmo—.

Shhhshshshsh —dijo ella, haciendo un gesto y sonriendo—.

Nuestra madre usaba saris Kalamkari con frecuencia. Había visto a los artesanos atar cabellos a un tallo de bambú para hacer pinceles con los que pintaban mosaicos en estos saris. —Llámenlos artistas —los había regañado mamá—. Esos saris eran realmente especiales. Los colores eran únicos y provenían de materiales naturales. Marrón, rojo oscuro, cobre intenso. Provenían de raíces, nuez de betel, metal, cobre, cúrcuma, flores, hojas, e incluso había índigo en uno. ¿De qué esencia estaría hecho? Lo he olvidado si alguna vez lo supe. Y Kanjivaram.

Ante lo cual, Jackanapes miró a Crowess con sorpresa. ¡Guau! ¿Cómo lo adivinaste de antemano? —preguntó él, y ella sonrió con una sonrisa cómplice.

Tenía un Kanjivaram negro, con la historia de Ram y Sita representada en blanco por toda la tela. Lleno de diseños, pero a la vez sencillo y elegante.

Porque no hay color como el negro —explicó Crowess a los jóvenes. ¡Ajá! —respondieron todos al unísono.

Acariciaron con cuidado el hermoso sari mientras se balanceaba de una rama.

—¡No con el pico! —siseó ella. Así que lo hicieron con las alas.

Lo había comprado por dos mil rupias. Su primer viaje al sur. También le había comprado uno a su esposa, pero ella también tomaba prestado y usaba el que él le había traído a Amma. Era muy caro para aquellos tiempos. Pero aún más costoso era el sari Paithani.

—Pathaan —graznó un cuervo.

—Pathaani —corrigió una cuerva.

—Oho —los hizo callar la cuerva mayor... P A I T H A N I.

Lo había encontrado en Vadodara, en la casa de la familia Gaekwad. Un hombre había llegado de Aurangabad con un fardo de saris sobre la cabeza. Al fin y al cabo, ¿dónde más se podía encontrar un sari Paithani mejor que en una familia real? «Enséñale este», dijo la Rani, empujándolo hacia él. «Llévatelo para tu esposa. Y también para tu madre», había pensado. «El del pavo real Baangri, o este del loto, o este Ashavali». El vendedor de saris le explicó que cada fibra de esos saris se hilaba y tejía a mano. «Se tarda un año y medio en hacer un sari, Sahib. Le haré un descuento, ya que es huésped de Su Alteza». Escogió uno morado y otro verde hierba.

Este también estaba colgado del árbol, y uno de los estudiantes cuervo lo envolvió cuidadosamente en hojas para que no se enganchara en una ramita puntiaguda y se rompiera.

Entonces todos se volvieron y miraron a Bade con curiosidad, porque había empezado a reírse al recordar su viaje a Tamil Nadu. Iba conduciendo y, por casualidad, vio un sari rojo ladrillo expuesto en el escaparate de una tienda. Le pidió al conductor que parara para poder echarle un vistazo y entró a preguntar por él. La dependienta le dijo bruscamente en inglés: «No se vende. Está dañado». Estaba a punto de irse, pero el corazón lo detuvo. «Por favor, enséñamelo», dijo. «¡Dañado, dañado!», gritó la chica, como si le hablara a un sordo. «¡Pero puedo mirarlo!», le gritó él. La chica lo miró como si fuera a tragarse entero a ese tonto que le hacía perder el tiempo. Quitó el sari del escaparate y prácticamente se lo arrojó a la cara. Bade supo al instante que era un sari increíble. Seda de Tamil Nadu. Del color de los ladrillos rojos. Pavos reales por todas partes y una guarida de leones en el pallu. Un trabajo tan fino y ni un solo espacio vacío. Pero, aun así, tan sereno. De tan alta calidad. Y la seda tan refinada. La tocó, la sopesó, la acarició, la dejó, luego la volvió a coger y preguntó: ¿Cuánto cuesta? La chica pensó: Este tipo está loco. ¡Daños!, gritó como si dictara una sentencia, y empezó a señalarle los daños: Hay un desgarró de aquí a aquí; aquí también está roto; aquí hay otro. Pero Bade ya había comprendido que era el único sari de su clase en todo el mundo. No había problema. Y en aquella época de precios bajos, y a precio reducido además, todavía tenía que pagar unos miles de rupias por él. ¡Ay, ay, ay, pero ese sari! Su madre lo había usado y también su amada esposa. Los desgarró estaban remendados. El remiendo en aquellos tiempos era brillante. Mi madre solía enrollarlo como una alfombra pequeña, luego envolverlo con otro sari, después envolverlo en papel, atarle una cinta y guardarlo de pie en el armario para que no se rompiera más.

Ante esto, Bade recordó de repente el sari que había estado envuelto alrededor de aquel otro sari. Era de tela fina. Del color de las nubes, con oro disuelto en él. Oro auténtico. Tan fantástico que, cuando lo colgó de una rama, los cuervos se alborotaron extasiados: ¡Oro!

Así es, explicaron los ancianos. Incluso hay quienes funden ese tipo de sari para extraer el oro.

Jamás haríamos algo tan imperdonable, dijo uno, tocándolo, fascinado.

¡Cuidado!, gritó otro. Este también se romperá.

Oigan, miren este, dijo otro cuervo, dirigiendo la atención de todos hacia otro lado, donde el hijo desplegaba con mucho cuidado un sari de otro estilo. Uno pequeño.

¿Qué le dice su corazón que recuerda?

Los cuervos comenzaron a escuchar.

Este no lo compré. Lo vi en el templo de la esposa del ministro tamil. Su padre realizaba allí las funciones sacerdotales ancestrales tradicionales. Era un sari que se usaba para vestir a la diosa. Y, como era de esperar, también me gustó ese. Era rojo, pero nada llamativo.

¿Llamar a un cuervo? ¿En un templo?, preguntó un cuervo con asombro.

No llamar a un cuervo, llamar a un cuervo, intentó explicar otro.

Yo les explico; primero escuchen, intervino Crowess. Mírenlo.

El sari estaba cubierto de cuadros dorados.

Era bastante estrecho, pensó Bade, pero Ma estaba encantada y lo combinó con otro sari para que fuera lo suficientemente largo. ¡La verdad!, se dijo a sí mismo con tono de felicitación, ¡no tenía ni idea de lo aficionado que era a los saris!

Crowess les explicó esto a los pequeños: El idioma que resuena a tu alrededor llena tu subconsciente, y luego te sorprende y te hace preguntarte: ¿Cuándo aprendí todo esto? Por eso uno debe pasear por donde la gente habla bien.

La clase de sari de Bade iba de maravilla. Era una escena completamente distinta a la que se desarrollaba al otro lado de la calle, dentro del apartamento de su hermana, al que se había subido al árbol para espiar. En su estado de somnolencia, desplegaba ordenadamente recuerdos envueltos en saris, colgándolos uno a uno en el árbol. Sus alumnos aprendían y estaban extasiados, y sus susurros del corazón continuaron sin cesar.

De repente, a Bade, aún dormido, le vino a la mente una especie de tira y afloja por los saris. A su esposa siempre le gustaban más los saris que él le traía a su madre que los suyos. Invariablemente, los pedía algún día y se los ponía, pero insistía en que su madre los usara una vez, para inaugurarlos, para que fueran oficialmente suyos; después de eso, ella los usaba. A veces, su madre le decía: “¿Por qué no te los quedas?”, porque su esposa pisaba el borde de sus saris con tacones altos, ya que los llevaba pegados al suelo, y entonces se le hacían agujeros en el borde. Por su parte, su esposa se quejaba de que todas las blusas de sari estaban hechas a la medida de su madre, así que tenía que apañárselas combinando diferentes estilos. La disputa por los saris entre madre y nuera era constante. Su hogar siempre resonaba con ese aroma, y ambos se vestían elegantemente en ocasiones especiales, aunque Ma se inclinaba más por los saris sencillos, y había empezado a usar saris menos coloridos incluso cuando su padre aún vivía.

Oh, recordó de repente, aquel sari azul oscuro que traje de Shantiniketan. Era un sari de diseñador del negocio de Gayatri ji. Tenía un estampado de diseño mogol. Su esposa lo había acompañado y lo había elegido, diciendo: «Ma no usa tanto los de colores llamativos». Era casi azul oscuro, estampado con copas de vino negras como el kohl. «Qué soso es», dijo Bade, criticándolo, «pero a Ma le había gustado mucho. Lo había usado en una ceremonia de premios, donde entregó galardones a los soldados y sus esposas. Incluso había fotos de ella con ese sari».

¡Ese sari es completamente diferente! Los cuervos lo contemplaron con admiración. Crowess extendió un ala y lo posó sobre una rama baja.

En el fragor del debate aquella noche de lunes —¿o fue martes?— habían agitado sus alas y patas con entusiasmo, pero ahora, bajo la tutela de la tía Cuervo, treparon al árbol y comenzaron a contemplar con serenidad los saris de todo tipo que brotaban del corazón del hijo. Se asombraron de la variedad. Varios desearon que los cuervos pudieran pavonearse con semejante atuendo, pero al fin y al cabo, solo eran cuervos.

Y así, al caer la noche, un ambiente de saris se extendió por el árbol. Una persona dormida se enriquece automáticamente con sueños en los que ve imágenes que desconoce al estar consciente. Es decir, algunos saris que quizás ni siquiera conocía aparecieron ante sus ojos. Además, estaban los cuervos comprensivos, deseosos de escuchar los susurros del corazón. ¿Quién podría impedir que el árbol se convirtiera en un auténtico festival? El corazón de Bade se llenó de alegría junto con los hermosos saris, y durmió plácidamente sobre una rama. Mientras tanto, seguramente por error de alguna autoridad municipal del Departamento Forestal, se encendieron farolas bastante atractivas, y los innumerables saris de seda y algodón que colgaban del árbol brillaron espectacularmente bajo la agradable luz de estas suaves bombillas exteriores. Y los cuervos tocaron los saris, los examinaron de cerca, incluso se envolvieron en ellos, enloqueciendo tanto por ellos que se tambalearon y giraron como peonzas. Y se maravillaron: ¡Miren eso, el teñido anudado! Y el bordado de oro y plata del zardosi, y el Bandhej, el Tanchoi, el Ikkat, el Ajarakh, el Jaamdaani; La que tiene bordado chikan, la Chanderi, la Madhubani, la Maheshwari, la Mooga, la Kosaa, y esa Baalucheri con mujeres fumando narguile, y esa Dhakai blanca, esa Tasar de Bhagalpur, esa Shantipuri bengalí hecha en telar manual, y esta de Bastar, color sándalo con tambores estampados, que luego se cortó y se convirtió en dupattas, y esta otra igual de bonita, una Lugda traída de Daang, rosa claro con borde turquesa; un poco corta, pero mamá la usaba a menudo en casa; el color no era resistente, y luego mi hermana, a quien solo le gusta la ropa sencilla de pueblo, se la llevó; pero, claro, es ridícula...

Ridículamente, comentaron los cuervos.

Paithani, dijo Crowess con severidad.

Ya lo tenemos. Un cuervo tomó su libreta y se la mostró. Luego se detuvo y, con un ala en la mejilla, en actitud de estudiante prometedor, se volvió hacia la cuerva de ojos grandes y preguntó: «Pero ¿por qué, tía? ¿Por qué renunció a esos hermosos saris y empezó a vestirse con sacos?».

«Porque, hijo, se ha despojado de todas sus capas exteriores y ahora está dejando al descubierto las interiores».

En ese preciso instante, el hijo, que había estado contemplando a su madre vestida con saris, se despertó sobresaltado, como si recordara la vestimenta de una sola capa de la nueva mamá. Rápidamente comenzó a sacudirse la ropa, en la que habían empezado a retozar todo tipo de hormigas. «En realidad, hay que aplastarlas frotándolas, matando así dos pájaros de un tiro: hormigas y mosquitos». Esto no se lo habían enseñado ni en la escuela ni en la universidad.

«¿Qué es esto que ha pasado?».

Bade echó un vistazo a su reloj y, saltando de rama en rama, enredándose y desenredándose entre los saris ondeantes, bajó de un salto. Se alzó un torbellino de saris en el que Tanchoi, Tangail, Gadwal, Benarsi, Maheshwari, Kantha, Pochampally, Kattak, Balucheri, el bordado... volvieron a surgir, y una nube brillante de polvo voló a su alrededor, reluciente como gotas de sudor.

Pero Bade ya había bajado. Miró furioso el apartamento de su hermana. Podía ver a Ma caminando, con un susurro.

¡Dios mío, se le va a enganchar el pie en algo! ¡Se va a caer!, murmuró.

Y se cayó. Pero no en ese preciso instante.